

Bolivia

El auge del multipartidismo

Rafael Archondo

La actual democracia boliviana nació con ilusiones de bipartidismo. Bastaron dos años para desmoronar ese ideal tras la rehabilitación de una tercera fuerza. Un par de años más tarde, aparecieron dos nuevos acompañantes en la ruta al poder. En 1997, el presidente Banzer tuvo que reunir a cinco partidos para formar gobierno. Para las próximas elecciones municipales de diciembre, se vaticina una dispersión aún mayor con la aparición de nuevos liderazgos locales. Así, mientras en países como el Perú o Venezuela, las siglas tradicionales son descartadas en beneficio de corrientes centradas en un solo individuo, en Bolivia el desprestigio de los partidos produce más partidos.

Toda esta historia comenzó más o menos en 1985. Pero veamos antes un antecedente fundamental. Entre abril de 1984 y agosto de 1985, los precios en los mercados y tiendas de Bolivia aumentaron 625 veces. Vivíamos una de las inflaciones más crueles de la historia, el valor de los billetes se evaporaba con pasmosa rapidez. El detalle estaba en que esto sucedía bajo un gobierno democrático de izquierda, cuya llegada al Palacio de Gobierno había costado una hilera de mártires, tres triunfos electorales escamoteados y dos golpes de Estado con tanques y muertos civiles en las calles. Hernán Siles Zuazo gobernaba con una monumental dignidad, pero lo hacía sobre las agitadas aguas de un colapso económico con raros precedentes. La izquierda reprobaba en el examen del poder.

El hecho es que una mayoría constante de repudio a 18 años de dictadura, administrada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda (MNRI), dirigido por el propio presidente, el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Partido Comunista de Bolivia (PCB), se diluía en un mar de reproches de claudicación ante la derecha o de «izquierdismo» infantil y temerario. La izquierda se desgarraba a solas. De pronto, las fuerzas

RAFAEL ARCHONDO: periodista boliviano, director de *Tinkazos*, revista boliviana de ciencias sociales, editada por el Programa de Investigación Estratégica en Bolivia-PIEB, La Paz.

Palabras clave: partidos, sistema político, democracia, Bolivia.

que habían combatido heroicamente al militarismo emprendían una retirada penosa tras haber alcanzado, por pasajeros tres años, el poder formal en ministerios y embajadas.

Desde entonces, una parte de la izquierda boliviana se desarmó al extremo de fundirse con las opciones de lo que, a principios de los 80, no se dudaba en calificar como «la nueva Rosca», otro grupo mantuvo sus banderas en alto para perder así toda presencia en el mapa electoral, y otra fracción, disgregada en individuos, decidió irse a casa para, de cuando en cuando, lanzar bastonazos contra la traición generalizada a los ideales revolucionarios.

Los «nazis» no están

¿Qué vino después? Recuerdo una peregrina, pero difundida comparación con la alemana República de Weimar, ese proceso de tropezones históricos que sirvió de antesala para el ascenso de Hitler al poder. El parangón caía como anillo al dedo. Siles presidía un gobierno de cariz socialdemócrata y debilidad congénita. Al frente, el ex-dictador Hugo Banzer se preparaba para retornar al poder por la vía del sufragio popular, siete años después de haber desalojado el Palacio con uniforme de general y lágrimas en los ojos. Su posible regreso debería ir de la mano de su partido político, Acción Democrática Nacionalista (ADN), que casi para reforzar temores ajenos había elegido como sus colores el rojo, el blanco y el negro de la Alemania nazi. La organización de juventudes adenistas, impulsada por Eudoro Galindo, aspirante a la vicepresidencia junto a Banzer, también le ponía piel de gallina a cualquiera que tuviera datos sobre lo que fue el fascismo germano entre las nuevas generaciones. Y es que en Bolivia prevalecía el lenguaje de la Guerra Fría y ADN se planteaba a sí misma como escudo contra el comunismo. Pero si para algunos Bolivia era la República de Weimar en vísperas de una asonada parda, para otros, la gente de izquierda más radicalizada, el país era más bien la Rusia de 1917. Y así, sobre todo desde los sindicatos, se comparaba a Siles Zuazo con Kerensky, el transitorio gobernante del Kremlin, derrocado por los bolcheviques en un audaz golpe de mano, que los dejó más de 70 años en el poder. El gran problema fue que los mineros movilizados por centenares en marzo de 1985 no encontraron la fuerza suficiente en las calles de La Paz para liberar al declinante Gobierno de sus vestigios «reformistas» e instaurar raudamente el socialismo, solo cuatro años antes de la caída del muro de Berlín.

Al final resultó que Bolivia no era ni la Alemania de 1933 ni la Rusia de 1917. En efecto, Banzer ganó las elecciones ayudado por el desbande de la izquierda, pero no pudo llegar al poder porque las demás opciones políticas decidieron cerrarle el paso concentrando su apoyo en Víctor Paz Estenssoro, el viejo caudillo de la Revolución del 52 y el segundo más votado del momento. El ya citado brazo derecho de Banzer, Eudoro Galindo, trató de convocar a los adenistas a las calles en señal de protesta por «el desconocimiento de la voluntad popular», pero muy pocos lo siguieron. La extrema derecha boliviana

na tenía electores, pero no militantes aguerridos. Ahí estaba la gran diferencia con los extintos nazis –y aquí va un «gracias al cielo» retrospectivo por ello.

Campo para dos

Lo evidente es que después del hundimiento de la izquierda, Bolivia parecía entrar en una nueva era. Los votos se habían concentrado en dos partidos, el 28,5% en la ADN de Banzer, y el 26,4% en el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Paz Estenssoro. La tercera fuerza, el MIR, se situaba a bastante distancia (con un 8,8%), aunque de todos modos, se convalidaba como el único partido político sobreviviente del naufragio de Siles.

Había que ver las ilusiones bipartidistas nacidas a partir de esa elección... De pronto, Bolivia caminaba aparentemente hacia un modelo similar al de la democracia norteamericana, por el que ADN se asemejaba al Partido Republicano y el MNR, al Demócrata. Tanta certeza abundaba en torno de ello, que ambos partidos firmaron un pacto al que llamaron «por la Democracia». Mediante las rúbricas de Banzer y Paz Estenssoro, el MNR pudo aplicar con tranquilidad las medidas económicas liberales de ajuste estructural que pusieron fin a la cruel inflación y también a la vitalidad de los sindicatos organizados en torno de la Central Obrera Boliviana (COB). De pronto, alrededor de algunos escritorios de los organismos internacionales se comenzó a hablar de un nebuloso «milagro económico boliviano». Con precios estables, sindicatos derrotados y una izquierda radical en extinción, la alianza MNR-ADN consolidó un modelo orientado hacia el libre mercado y puso en vigencia una ideología favorable a la empresa privada que derivó, 10 años más tarde, en la privatización gradual pero certera de las entidades estatales dedicadas a la extracción de hidrocarburos, la provisión de energía eléctrica, el manejo de las telecomunicaciones, el transporte ferroviario y el aéreo.

El pacto Banzer-Paz Estenssoro tenía como cláusula implícita la alternabilidad en el poder. Eso significaba que en 1989, el ex-dictador debía alcanzar la silla presidencial con el respaldo del MNR. De esa forma Banzer pretendía romper el aislamiento al que las fuerzas democráticas lo sometieron desde su ingreso a la vida política legal. El primer examen de este bipartidismo en ciernes llegó demasiado pronto. Ambas agrupaciones acudieron a las elecciones municipales de 1987 con la esperanza de poner en práctica la solidaridad post-sufragio y distribuirse los municipios en todas partes. No contaron con la capacidad de resurrección del MIR. En una jugada magistral, los miristas incorporaron entre sus candidatos a ciudadanos de reconocido prestigio social y además no les pidieron que juraran al partido. Esa oleada de independientes transcurrió bajo la consigna de la «Nueva Mayoría Nacional», y le dio excelentes resultados al partido de Jaime Paz Zamora.

Era tal la convicción en torno de un potencial bipartidismo, que el MIR comenzó a soñarse como la fuerza que terminaría desplazando al MNR. Se

imaginaba que al haber concluido el ciclo histórico y biológico de Paz Estenssoro, sus seguidores estaban a punto de dispersarse en busca de mejor fortuna. Desde el MIR se llegó a decir que en 1989, el timón del Gobierno se jugaría entre el MIR y la ADN. No sucedió así. Desde las entrañas del Gobierno surgió la figura de Gonzalo Sánchez de Lozada, más conocido bajo el sobrenombre de Goni, como inmediato y exitoso relevo del octogenario líder movimientista. Fue tal el impulso de este liderazgo, que el ex-ministro de Planeamiento consiguió ganar las elecciones por un estrecho margen (menos de un punto con respecto a Banzer). No había vuelta posible, el nuevo sistema de partidos tenía tres cabezas establecidas y cerca de ellas se tendrían que definir los siguientes gobiernos.

Fue tal el enojo de Banzer por la ruptura del «Pacto por la Democracia», que el general decidió castigar a su ex-aliado otorgándole su respaldo parlamentario al tercero más votado, Jaime Paz Zamora, jefe del MIR y por ello nueva cabeza del Estado. Surgió entonces el acuerdo más insólito de la vida democrática reciente. El partido que había combatido con mártires al militarismo, aparecía estableciendo un cogobierno con su ex-verdugo. Era el equivalente a una alianza europea entre socialdemócratas y conservadores, solo que con varios muertos de historia encontrada de por medio. Al margen de la abundante indignación que causó el acuerdo entre Paz Zamora y Banzer, lo cierto es que a partir de él, se abrieron las puertas a todos los pactos posibles. Con la formación del llamado «Acuerdo Patriótico», no hubo alianza inviable en Bolivia. El muro se caía en La Paz con una anticipación de varios meses.

Diversidad a raudales

Ahora que se observa el proceso con una mirada larga, sorprende la velocidad con que la dispersión del voto fue avanzando. En 1988, la clausura desde el Gobierno de una radio y un canal de televisión de fuerte predicamento popular en La Paz, convocó a una gran multitud a llenar las plazas. La protesta derivada de la sanción animó a Carlos Palenque, propietario de ambos medios de comunicación, a fundar un partido político de corte nacionalista: Conciencia de Patria (Condepa). Nadie daba un centavo por él, pero en menos de un año, burlando las encuestas y dejando a los analistas boquiabiertos, Palenque se convirtió en el postulante presidencial más votado en La Paz y la vecina ciudad de El Alto. En el recuento general, el nuevo partido iniciaba su ruta con un apreciable 11% del total de los sufragios.

Poco tiempo antes, por distracciones administrativas relacionadas con el acopio formal de firmas, otro partido, Unidad Cívica Solidaridad (UCS), dirigido por Max Fernández, presidente de la principal industria cervecera, no había podido participar de las elecciones. Sin embargo, una vez resueltos sus trámites, se convirtió rápidamente en la quinta fuerza política. Quienes creyeron que la dispersión se atenuaría con la inclusión de estos nuevos actores de origen más popular estaban rotundamente equivocados. Para las elecciones de 1995, dos nuevas fuerzas de gran calibre electoral ya habían nacido en

Cochabamba, el departamento central de Bolivia. Se trataba de una escisión de ADN, dirigida por el alcalde cochabambino Manfred Reyes Villa, y de los campesinos productores de hoja de coca, que cohesionados por la represión gubernamental contra sus cultivos, formaron un partido político desde sus sindicatos. Y así, como Condepa había reducido la presencia electoral de los demás partidos en el área de La Paz, lo mismo sucedía en Cochabamba. Más adelante, el fenómeno se replicaría con el formidable avance de la UCS en Santa Cruz. Hoy, cuando se avecinan los comicios municipales de diciembre de 1999, es muy probable que a la lista de estos siete partidos imprescindibles, se sumen por lo menos tres más, que si bien tienen un carácter regional, están en condiciones de parcelar aún más el panorama político boliviano.

Hasta aquí hemos realizado un recuento de la evolución desagregadora de 14 años de democracia en Bolivia. A partir de ahora las preguntas que merecerían una respuesta son: ¿cuáles son las causas de esta fragmentación? y ¿cuál podría ser el porvenir de ésta a mediano plazo?

Posibles respuestas

Una primera razón para el parcelamiento gradual pero sostenido del sistema de partidos, parece ser un nunca resuelto déficit de representatividad. Eso significa que la gente no encuentra su identidad en quienes dicen defender sus intereses desde el Gobierno, el parlamento o los municipios. Habría entonces una búsqueda constante de nuevos referentes y, al mismo tiempo, una frustración escalonada, que no alcanza a descartar del todo a las viejas opciones, pero que agrega nuevos rostros en el escenario.

Vale decir que no encontramos una actitud homogénea de rechazo a los políticos, sino un abandono gradual de preferencias, lo cual va ampliando el terreno a una diversidad de representaciones. Este descontento parcial no ha confluído en un rechazo homogéneo al sistema de partidos, sino que los desencantos normalmente producen más organizaciones partidarias. Esto demuestra que si bien las condiciones para la participación pasan obligatoriamente por las siglas, existe una gran apertura del sistema a la llegada de nuevos líderes. Los recientes movimientos ciudadanos forjados en algunas ciudades importantes han reunido firmas y se han formalizado como partidos sin grandes problemas. Aquellos que no han podido cumplir con el requisito, han usado el «truco» de «prestarse» una denominación partidaria en bancarrota para poder ingresar a la papeleta del sufragio. Incluso movimientos adversos al discurso de la poderosa embajada norteamericana, como el de los productores de hoja de coca, tienen representación parlamentaria y controlan varias alcaldías del trópico cochabambino.

Otro rasgo distintivo de la actual democracia boliviana es que los partidos que podrían llamarse «tradicionales» no han podido ser desplazados del todo por los recién llegados, simplemente porque han sabido «contaminarse» de

las prácticas electorales de quienes aparecen como nuevas opciones. Esta última constatación luce bastante disidente. Resulta que a partir de 1989, muchos analistas y politólogos locales empezaron a realizar clasificaciones para tratar de entender los procesos en curso. Sin mayor examen teórico ni empírico, colocaron a la ADN, al MNR y al MIR en la alforja de los partidos «modernizadores» y redujeron a Condepa y UCS a la categoría de «populistas».

Una de las maneras de justificar esta división sigue asentándose hasta hoy en el plano ideológico. Se asegura que los tres primeros partidos son opciones políticas favorables al modelo económico de libre mercado implantado en Bolivia en 1985, mientras los otros estarían remando contra la corriente. Lo curioso es que, por ejemplo, hasta el día de hoy no se conoce una sola declaración desde la UCS que acredite semejante afirmación y sí queda, sin embargo, en la memoria de todos, la frase de Jaime Paz Zamora, quien antes de 1989 prometía «relocalizar el 21060» (se refería al decreto que con ese número dio inicio a las medidas neoliberales de 1985). Otro elemento cuestionador es la reciente afirmación del jefe del MNR, Gonzalo Sánchez de Lozada, quien asegura que su partido es «populista, pero inteligente». Este dirigente político, tipificado arbitrariamente como uno de los grandes modernizadores del país por su educación anglosajona e ideas liberales, es quien mejor ha aprendido y aplicado las técnicas electorales de los llamados partidos «populistas». Una de esas posturas consistió en llevar a la vicepresidencia de la República a un pedagogo aymara llamado Víctor Hugo Cárdenas con el fin de garantizarse un diálogo con sectores culturalmente marginados.

Otro de los argumentos de la politología dominante para colocar a Condepa y UCS en la gaveta de los populismos es que estos partidos consiguen votos mediante el prebendalismo, es decir, a través de generosas donaciones a sus potenciales electores a fin de conseguir su lealtad en las urnas. Lo extraño del caso es que todos los partidos políticos bolivianos incurren en esta práctica desde que fueron fundados, aunque luego solo se la subraye para algunos. De la misma manera, todos apelan a esa abstracción llamada pueblo y realizan promesas demagógicas. Pese a ello se ha convertido en un lugar común casi imprescindible a la hora de analizar la política boliviana. Parece que es momento de sacar conclusiones distintas a la luz de la creciente dispersión del voto registrada al principio de este artículo. Lo que sí puede deducirse de este decurso analítico es que la manera generalizada de captar votos en Bolivia tiene rasgos obligadamente «populistas», pero que una vez en el Gobierno, no queda más alternativa que proseguir con las políticas restrictivas de las anteriores administraciones. Ese es el origen del desgaste de las siglas partidarias, que es revertido solo parcialmente cuando se retorna por un tiempo a las bases a fin de volver a prometer el cambio que nunca llegará.

Descentralización o dispersión

Hasta aquí hemos intentado responder por qué el sistema político boliviano se parcela más y más. Veamos ahora cuál es el posible desemboque de este

proceso. Lo que puede observarse en paralelo es un relativo éxito de los liderazgos locales y un aparente fracaso de las gestiones nacionales. Salvo tristes excepciones como La Paz, sede del Gobierno, muchas ciudades bolivianas han expresado pleno respaldo a sus alcaldes, los han reelegido e incluso alentado a convertirse en líderes nacionales. Lo que se percibe es que los ciudadanos aprecian más una gestión edilicia, de la que observan obras concretas, que una administración central alejada de su vida cotidiana y encerrada en un anónimo Palacio de Gobierno. Se nota que el elector boliviano privilegia las realizaciones por encima de los discursos elocuentes, es decir, quiere ver para creer. El fenómeno es muy claro: la política se aloja cada vez más en el mundo local y a ello contribuyeron en mucho las leyes de Participación Popular y Descentralización Administrativa. Hoy, la mayor parte del dinero recaudado por el cobro de impuestos va a manos de las regiones y municipios. Esto ha reforzado aún más los liderazgos cercanos al vecindario, esos en los que el ciudadano de base puede participar y fiscalizar con más proximidad.

Todo lo señalado hasta aquí nos conduce a pensar que la dispersión de opciones electorales irá en aumento a medida que se fortalezcan las dinámicas locales. Si a ello sumamos el debilitamiento del Estado central como resultado de la globalización, cabría preguntarse ¿va Bolivia en camino a la disolución de su cuerpo administrativo central? En esta ruta llena de hipótesis, podríamos hablar de dos escenarios. Por una parte, estaríamos ante un inminente colapso de variados sistemas gubernamentales debido a la necesidad de ir parcelando el poder en sucesivos y cada vez más amplios pactos entre partidos débiles, obligados a aliarse después de cada elección. En el plano optimista, podríamos pensar más bien en un sistema crecientemente más representativo, que a pesar de sus numerosas identidades, abre cauces para una deliberación horizontal, donde cada quien sea capaz de pronunciar sus aspiraciones y conseguirlas en sintonía con el resto.

Un esquema de este tipo permitiría que la Bolivia diversa, tantas veces acallada por ensayos de uniformación, pueda autogobernarse en un descarte cada día más agresivo de las imposturas y escamoteos de las voluntades colectivas. Para que esto sea posible, parece imprescindible fortalecer las experiencias locales de poder donde las auténticas fuerzas sociales de base son capaces de exhibir una democracia de alta calidad. Si esos gobiernos muestran eficiencia en complicidad con los propios ciudadanos, se habrán terminado los desencantos constantes, porque serán los mismos vecinos quienes tomarán en sus manos la solución de muchos de sus problemas. Así, sobre la base de gobiernos comunales genuinamente representativos y eficaces, empezaría a surgir un Estado nacional mancomunado que dibuje los contornos de la inserción de Bolivia en un mundo global que hasta ahora se ha empeñado en ignorarla.